

condesa se había atrevido á hacer. Luis XV salió pues de la capilla bastante disgustado, y antes de ir al consejo pasó á casa de la delfina. Se la encontró maravillosamente ataviada y adornada con un diamante admirablemente montado.

— Tenéis, señora, una joya magnífica, dijo el rey.

— ¿Eso os parece, señor? ¿Y cómo es que V. M. no la conoce?

— ¿Yo?

— Sin duda, supuesto que V. M. ha dado la orden de que me la traigan á casa.

— No sé lo que queréis decir.

— Y sin embargo, es un hecho muy fácil de aclararse. Ayer llegó un joyero al palacio de Versalles con esta joya flordelisada y adornada con la corona de Francia, joya enviada por V. M. Habiéndonos Dios arrebatado la vida de la reina, ha creído que era yo únicamente la que tenía el derecho de usar tales adornos, y me la ha traído sin duda por deseo y orden vuestra.

El rey se ruborizó y no respondió; pero dijo para sus adentros:

— Tampoco es esto de muy buen agüero. ¿Qué necesidad tenía la condesa de darme tan mal rato con sus locuras? — Y luego prosiguió en voz alta: ¿Vendréis esta noche al juego, señora?

— Si V. M. me lo manda.

— ¿Mandároslo, hija mía? Os lo suplico: me daréis gusto en ello.

La señora delfina hizo una inclinación de cabeza con mucha frialdad. El rey vió que no conseguiría desarrugar su ceño; pretextó que tenía que asistir á consejo y salió.

— Mis hijos no me aman, le dijo entonces al duque de Ayen, que no se había separado de su lado.

— El rey se equivoca. Puedo asegurar á V. M. que sus

augustos hijos le aman, cuando menos, tanto como V. M. á ellos.

Luis XV comprendió el epigrama y no lo dió á entender; así lo tenía resuelto de antemano. En caso contrario, hubiera sido forzoso desterrar al duque de Ayen diez veces al día, y el rey, habiendo pasado tan mal rato con la ausencia de Chauvelin, comprendía entonces mejor que nunca cuán indispensable le era el tener á su lado á sus cortesanos favoritos.

— ¡Bah! decía, por más que gruñan no conseguirán nada. Esto durará mientras viva yo, y luego mi sucesor saldrá del paso como pueda.

Extraña indiferencia cuyos efectos había de sufrir tan fatalmente el desdichado Luis XVI.

## X

## El juego del rey

Al entrar el rey en casa de la condesa, á quien pensaba echar una reprensión, se encontró con que ésta tenía la cara de muy mal humor y que detrás de aquellas facciones gruñía un coraje sordo y pronto á estallar.

Luis XV era débil y temía las riñas, viniesen de sus hijas, de sus nietos, de sus nueras, ó de su querida, y sin embargo, se exponía incesantemente á tenerlas, como todo hombre colocado entre su querida y su familia.

Aquel día quiso impedir la lucha que se preparaba, valiéndose de un auxiliar.

Así es que después de haber echado á la condesa una ojeada que le había bastado para consultar el barómetro

de su buen humor, extendió la mirada por toda la habitación y preguntó ;

— ¿Dónde está Mr. de Chauvelin.

— ¿Mr. de Chauvelin, señor? dijo la condesa.

— Sí, Mr. de Chauvelin.

— Me parece, y vos lo sabéis mejor que nadie, que no soy yo la más á propósito para dar noticias de Mr. de Chauvelin, señor.

— ¿Y por qué?

— Porque no es amigo mío ; y no siendo amigo mío, es cosa clara que deberíais buscarlo en otra parte.

— Le había dicho que viniese á esperarme en vuestra casa.

— ¡ Bueno ! ¡ pues se habrá dispensado á sí mismo el obedecer á las órdenes de V. M., y á fe mía... que hará mucho mejor en desobedecer que en venir, como sucedió la última vez, para decirme injurias.

— Está bien, está bien : quiero que se hagan las paces, dijo el rey.

— ¿ Con Mr. de Chauvelin ? preguntó la condesa.

— ¡ Con todo el mundo, señora !

Y luego volviéndose hacia la hermana de la condesa que fingía arreglar varios juguetes de porcelana encima de la consola, dijo :

— ¡ Chon !

— Señor.

— Venid acá, hija mía.

Chon se aproximó al rey.

— Tened la bondad, hermanita, de mandar que vayan á buscar en seguida á Mr. de Chauvelin.

Chon saludó y salió para obedecer al rey.

Mad. Dubarry meneó la cabeza y volvió la espalda á S. M.

— Y bien, ¿ qué hay en esto que os incomode, condesa ? preguntó el rey.

— ¡ Oh ! respondió ésta ; comprendo muy bien que Mr. de Chauvelin goce de todo vuestro favor, y que no podáis pasar sin él ; porque desea tanto agradaros y respetar tanto á los que amáis !...

Luis conoció que se acercaba la tempestad y quiso deshacer la tromba con un cañonazo.

— No es Chauvelin, dijo, el único que falta al respeto debido á mi persona y á cuanto tiene relación conmigo.

— ¡ Oh ! bien lo sé, exclamó Mad. Dubarry : vuestros parisienses, vuestro parlamento, vuestros mismos cortesanos, sin contar los que no quiero nombrar, faltan al rey, y le faltan á su placer, á su antojo, á quien más puede.

El rey miró á la impertinente joven con un sentimiento que no estaba exento de compasión.

— ¿ Sabéis, condesa, que no soy inmortal y que jugáis una partida en la que os exponéis á ser encerrada en la Bastilla, ó lanzada del reino, desde el momento en que yo cierre los ojos ?

— ¡ Oh ! ¡ bah ! dijo la condesa.

— No os ríais ; es al pie de la letra lo que os digo.

— ¿ De veras, señor ? ¿ y cómo ?

— Voy á deciroslo en dos palabras.

— Ya lo estoy esperando.

— ¿ Qué es eso que cuentan de la marquesa de Rozen ? ¿ qué libertad de mal género es la que os habéis tomado con ella ? ¿ olvidáis que tiene la honra de pertenecer á la casa de la señora condesa de Provenza ?

— ¿ Yo, señor ? no ciertamente.

— Pues entonces, respondedme. ¿ Qué castigo de niña os habéis tomado la licencia de imponer á la marquesa de Rozen ?

— ¿ Yo, señor ?

— ¡ Sí, vos ! dijo el rey impaciente.

— ¡ Ah ! ¡ buena está esa ! exclamó Mad. Dubarry ; no

esperaba que se me censurase por haber ejecutado las órdenes de V. M.

— ¡ Mis órdenes !

— Ciertamente; ¿ no tendrá el rey la honradura de acordarse de lo que me respondió, cuando me quejé á él de la impolítica de la marquesa ?

— No á fe mía : no sé nada de eso.

— ¿ No ? pues el rey me dijo : ¿ Qué queréis, condesa ? La marquesa es una niña á quien sería menester darle azotes.

— Pero, ¡ cáspita ! no era esa una razón para hacerlo, exclamó el rey abochornado á su pesar porque se acordaba de haber dicho, palabra por palabra, lo que la condesa acababa de citar.

— Sí, dijo la condesa, pero siendo órdenes para vuestra muy humilde servidora los menores deseos de V. M., ella se ha apresurado á ejecutar este como todos los demás.

El rey no pudo menos de reirse al ver la imperturbable formalidad de la condesa.

— ¿ Conque según eso, soy yo el culpable ? preguntó.

— Indudablemente, señor.

— ¿ Entonces soy yo quien debe expiar la falta ?

— Así parece.

— Sea pues, condesa. Invitaréis de mi parte á la marquesa para que venga á cenar, y le pondréis debajo de su servilleta el nombramiento de coronel, que su marido solicita hace seis meses, y que no le hubiera dado ciertamente tan pronto á no haber ocurrido esta circunstancia : así se reparará la injuria.

— Está muy bien : eso por lo que respecta á la injuria de la marquesa ; y ahora, la mía.....

— ¡ Cómo ! ¿ la vuestra ?

— Sí ; ¿ quién la reparará ?

— Os ruego que me digáis qué injuria os han hecho.

— ¡ Oh ! qué bueno es eso ! fingid que esto os sorprende.

— No lo finjo, querida mía, sino que me sorprende muy formalmente.

— Venís de casa de la señora delina, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Entonces debéis saber muy bien la mala pasada que me ha jugado.

— Os juro que no. Hablad.

— Bueno. Pues ayer mi joyero nos traía al mismo tiempo una cascada de diamantes para ella y un pico de diamante para mí.

— ¿ Y luego ?

— ¿ Luego ?

— Sí.

— Pues luego, después de haber tomado la cascada, le pidió que le enseñase mi pico.

— ¡ Ah ! ah !

— Y como mi pico estaba adornado con flores de lis, dijo : os equivocáis, mi querido Mr. Boehmer, ese pico de diamantes no es para la condesa sino para mí, y la prueba está en que tiene las flores de lis de Francia, que desde que murió la reina, yo soy la única que tiene derecho de usar.

— De modo que.....

— De modo que el joyero, intimidado, no se atrevió á desobedecer la orden que le dió la señora delina, y vino corriendo á decirme que mi diadema se había quedado en el camino.

— ¿ Y qué queréis que yo haga en eso, condesa ?

— ¿ Á ver ? quiero que mandéis que me devuelvan mi pico.

— ¿ Que os devuelvan vuestro pico ?

— Sí por cierto.

— ¿Y que os lo devuelva la delfina? Estáis loca, querida mía.

— ¿Cómo que estoy loca?

— Sí; mas bien haré que os traigan otro.

— ¡Ah! buenas son las promesas.

— Os lo prometo á fe de caballero.

— Sí, y lo tendré dentro de un año, ó cuando menos dentro de seis meses: ¡vaya una cosa divertida!

— Señora, ese retardo os servirá de lección.

— Lección, ¿y para qué?

— Para ser menos ambiciosa en adelante.

— ¿Ambiciosa, yo?

— Sin duda. Bien os acordáis de lo que dijo Mr. de Chauvelin el otro día.

— El tal Chauvelin no dice más que necesidades.

— Pero en fin, ¿quién os había autorizado para usar las armas de Francia?

— Buena es esa: ¿quién me ha autorizado? vos.

— ¿Yo?

— ¡Sí, vos! El perrito que me disteis el otro día las traía en su collar; ¿qué tiene, pues, de extraño que yo las lleve en mi cabeza? Pero ya sé de dónde ha salido todo esto: me lo han dicho.

— ¿Y qué más os han dicho? sepamos.

— Vuestros proyectos.

— Pues bien, condesa, contadme mis proyectos: os aseguro que me alegraré mucho de saberlos.

— ¿Negaréis quizás que se trata de casaros con la princesa de Lamballe, y que Mr. de Chauvelin y toda la trineá de los delfines quieren precipitar este matrimonio?

— Señora, respondió el rey con severidad; no negaré que hay algo de verdad en lo que me decís, y aun añadiré que podía muy bien hacer cosas peores: vos lo sabéis mejor que nadie, condesa; vos que habéis hecho

que sondeen mi modo de pensar acerca de otro matrimonio.

Esta frase tapó la boca á la condesa, quien se sentó con muy mal humor al otro extremo del gabinete y rompió dos figuras de china.

— ¡Ah! murmuró el rey, razón tenía Chauvelin: mal está la corona en manos de los amores.

Hubo un momento de enfado silencioso durante el cual volvió Madlle. Dubarry.

— Señor, dijo, en ninguna parte se encuentra á Mr. de Chauvelin, se cree que está encerrado en su casa; pero aun cuando he ido en persona á llamar y á preguntar á su puerta, no ha querido responder.

— ¡Oh! Dios mío, exclamó el rey, ¿le habrá sucedido algo? ¿Estará enfermo? Pronto, pronto, que echen la puerta abajo.

— ¡Oh! no, señor; no está enfermo, respondió con acritud la condesa, pues cuando se apartó del príncipe de Soubise y de mi hermano Juan en el salón del ojo de Buey, dijo que iba á ocuparse todo al día de hoy en negocios urgentes, pero que no dejaría de hallarse esta noche en la partida de juego de V. M.

El rey trató de aprovecharse de esta respuesta de la condesa, que proporcionaba un armisticio, y dijo:

— Estará quizás escribiendo su confesión para edificar á su camaldulense.

Y luego, volviéndose á la condesa, añadió:

— Á propósito, condesa; ¿sabéis que las medicinas de Bordeu hacen maravillas? ¿Sabéis que ya no quiero más medicinas que las suyas? Quitense de en medio los Bonnard y Lamartiniere, cada cual con su régimen: este otro logrará rejuvenecerme; lo aseguro.

— ¡Bah! señor, dijo Chon; ¿á qué viene el hablar eternamente de la vejez? ¡Dios mío! ¿V. M. no es de la edad de todo el mundo?

— ¡ Bueno ! exclamó el rey ; os parecís á ese bribonazo de Aumont, que habiéndome quejado el otro día de no tener ya dientes, me contestó enseñándome una dentadura de ganapán.

— ¡ Ah ! señor ! ¿ quién hay hoy que tenga dientes ?

— Yo, dijo la condesa, y os advierto que os morderé hasta haceros sangre si continuáis sacrificándome así á todo el mundo.

Y volvió á sentarse junto al rey mostrando dos filas de perlas en las que era imposible hallar una amenaza.

Así es que el rey, desafiando la mordedura, acercó sus labios á los hermosos labios rosados de la condesa, la que hizo una seña á Chon, y Chon recogió los pedazos de los dos muñecos.

— ¡ Bueno ! dijo ; todo lo que cae en el foso, es para el soldado.

Y echando una última mirada al rey y á la condesa, añadió en voz baja :

— Á ojos cerrados creo que Bordeu es un gran hombre.

Y salió dejando á su hermana en camino de hacer las paces.

Á las seis de la noche empezó la partida de juego del rey. Mr. de Chauvelin cumplió su promesa y fué uno de los primeros en asistir. La condesa, por su parte, se presentó en el salón de toda gala, porque se sabía que la delina había de concurrir aquella noche.

El marqués y la condesa se encontraron y se saludaron del modo más amable.

— ¡ Dios mío ! Mr. de Chauvelin, dijo la condesa con esa sonrisa de dos filos que los cortesanos aflan tan bien ; ¡ qué encendido estáis ! no parece sino que os ve á dar un ataque apoplético. ¡ Marqués ! marqués ! Buscad á

Bordeu ; fuera de Bordeu, no hay modo de ponerse bueno.

— Y añadió volviéndose al rey con una sonrisa capaz de hacer condenar al papa :

— Y si no preguntádselo al rey.

Mr. de Chauvelin se inclinó.

— No dejaré de hacerlo, señora.

— Y así cumpliréis con uno de los deberes de todo súbdito fiel : es menester que cuidéis mucho de vuestra salud, mi querido marqués, porque solo debéis preceder en dos meses.....

— Quisiera más bien que á mí me tocase precederos, dijo el rey, porque de ese modo tendríais asegurados cien años de vida, Chauvelin ; no puedo, pues, por menos que aconsejaros lo mismo que la condesa : dirigios á Bordeu, amigo mío, dirigios á Bordeu.

— Señor, cualquiera que sea la hora señalada para mi muerte, y eso que solo Dios conoce y sabe la hora de la muerte de cada hombre, ya he prometido al rey que moriré á sus pies.

— ¡ Cáspita ! Chauvelin, promesas hay fáciles de hacer, pero no tanto de cumplir, sobre lo cual podéis preguntar á las señoras. Pero si estáis tan triste, querido amigo mío, no vos, nosotros seremos los que moriremos de tristeza, tan sólo con miraros á la cara. Vamos, Chauvelin, ¿ no queréis jugar esta noche ?

— Lo que quiera V. M.

— ¿ Queréis ganarme una partida de dosillo ?

— Estoy á las órdenes del rey.

Mr. de Chauvelin y el rey se fueron á una mesa y se colocaron uno frente á otro.

— ¡ Hola ! Chauvelin, dijo el rey, estad preparado para revanchas, porque si vos estáis malo, yo me siento con muy buena salud. Quiero volverme loco de alegría : sobre todo cuidad de vuestro dinero ; pues tengo que

pagar un espejo á Rotiers y un pico de diamante á Behmer.

Mad. Dubarry se mordió los labios.

El marqués sin responder se levantó penosamente de su silla, y murmuró :

— ¡ Señor, cuánto calor hace aquí !

— Es verdad, repuso el rey, que en lugar de incomodarse, como lo hubiera hecho Luis XIV por aquella infracción de la etiqueta, convirtió la dificultad en egoísmo : sí, Chauvelin, hace mucho calor, gracias á Dios, pues las noches de abril son generalmente frescas.

El marqués fingió lo mejor que pudo una sonrisa y recogió las cartas no sin trabajo.

El rey continuó :

— Vamos : vos sois quien juega.

— Si, señor, baluceó el marqués.

É inclinó la cabeza.

— ¿ Tenéis buen juego ?

Y luego echando repentinamente un voto, digno de su abuelo Enrique IV, exclamó :

— Pero ¡ qué parado estáis hoy !

Miró en seguida sus cartas y dijo :

— Por lo que hace á este juego, puedo asegurar, amigo mío, que os quedáis sin él.

El marqués hizo un violento movimiento por hablar, y se puso tan encarnado que el rey se detuvo lleno de espanto.

— Pero ¡ qué tenéis, Chauvelin ? respondió, respondió.

M. de Chauvelin extendió las manos, soltó las cartas, lanzó un suspiro, y dejó caer la cara sobre el tapete.

— ¡ Dios mío ! gritó el rey.

— ¡ Una apoplejía ! murmuraron solícitos algunos cortesanos.

Levantaron al marqués ; pero éste no se movía ya.

— Quitad, quitad *eso* de ahí, dijo el rey espantado ; quitadlo.

Y dejando la mesa con temblor nervioso, se agarró del brazo de la condesa Dubarry, quien lo llevó á sus habitaciones particulares, sin que él volviera la cara, ni siquiera una vez, al amigo cuya ausencia no podía soportar aquel mismo día por la mañana.

Así que salió el rey, nadie pensó ya en el marqués, privado de sentimiento.

Su cuerpo quedó por largo rato medio tirado en el sillón, pues lo habían levantado para ver si estaba muerto, y lo habían dejado caer de espaldas.

Aquel cadáver hacía mal efecto, solo, en aquel desierto salón, en medio de las arañas con sus torrentes de luz, y de las flores con sus olas de perfumes.

Un instante después apareció en el umbral de la puerta un hombre, que echó una ojeada por todo el salón solitario, y viendo al marqués tirado sobre el sillón, se acercó á él, le puso la mano en el pecho, y con voz limpia y clara, en el momento mismo en que el reloj grande daba las siete, dijo :

— ¡ Fué ! ¡ pasó ya ! ¡ Hermosa muerte, pardiez ! ¡ magnífica muerte !

Aquel hombre era el doctor Lamartinière.

## XI

### La visión

Aquel mismo día había llegado el padre Delar á Grosbois desde muy temprano con la intención de decir misa en la capilla, y de rogar á Dios que el marqués no se

volviese atrás de las buenas disposiciones en que se había hallado la víspera con respecto á su mujer y á sus hijos. Entonces le contó Mad. de Chauvelin, con los ojos llenos de lágrimas, los temores que le asaltaban acerca de la salvación, ya comprometida, de aquel neófito, el cual se les había escapado á la primera palabra que le había dirigido el rey.

Detuvo á su confesor hasta después de comer, para hablar más largamente con él y hallar en sus prudentes consejos el valor de que tanto necesitaba después de tan áspero desengaño.

Mad. de Chauvelin y el padre Delar se estuvieron paseando después de comer hasta hora bastante avanzada, é hicieron que les llevasen sillas junto á un estanque muy lindo, para respirar allí las primeras brisas de la primavera, después de haber pasado un día muy caluroso.

— Reverendo padre mio, decía la marquesa, á pesar de tanto como me tranquiliza vuestra palabra, la marcha de Mr. de Chauvelin me tiene muy inquieta. Sé cuáles son los lazos que le ligan á la corte, sé que el rey ejerce un poder absoluto no sólo en su espíritu, sino también en su corazón, y la conducta de S. M. es tan poco regular... Creo, padre mio, que no será pecado el hablar de este modo : ¡ ay ! harto público es el escándalo.

— Os aseguro, señora, que el señor marqués ha recibido una saludable impresión en su ánimo, y esto es ya dar un paso ; el tiempo y la Providencia cuidará de lo restante. He hablado sobre esto á nuestro reverendo prior, quien ha mandado que se hagan rogativas en el convento : rogad vos también, hija mía, supuesto que sois la más interesada en el asunto : haced que rueguen también vuestros hijos ; roguemos todos. Con esta intención he celebrado hoy en la capilla del castillo el santo sacrificio de la misa, y con la misma lo haré todos los días.

— Veinte años hace que estoy casada con Mr. de Chauvelin, y desde entonces no ha pasado un solo día, una hora siquiera en que no haya pedido á Dios que toque su corazón ; pero hasta ahora no ha accedido Dios á mis votos. Bien lo sabéis, padre mio ; bien sabéis que he vivido sola, y casi siempre en el dolor y en las lágrimas. He deplorado en mi soledad los errores que no podía combatir ; sin duda no me juzgaba Dios bastante pura para concederme la victoria. ¡ Tengo que sufrir todavía más para conseguir esa gracia ! Bien ! yo padeceré : yo sufriré ! ; Cúmplase la voluntad del Todopoderoso !

Entre tanto estaba detrás de la marquesa y del padre Delar el preceptor que acompañaba á los niños, y que siendo casi tan joven como ellos, pues no tenía más que diez y ocho años, participaba alegremente de sus distracciones.

— Hermano mio, dijo el menor, ¿ sabéis cuál es el juego que está más en moda ahora en la corte ?

— Sí ; papá me lo dijo ayer mientras cenábamos ; el dosillo.

— ¿ Vamos á jugarlo ?

— ¡ Es imposible ! mirad ; primero, necesitamos cartas, ¡ y luego... y luego no sabemos cómo se juega !

— Uno lleva el juego.

— ¿ Y el otro ?

— ¡ Vaya ! el otro tendrá miedo, y perderá.

— Hermano mio, dijo el mayor, no hablemos de cartas ; ya sabéis que á mamá no le gustan, y que dice que causan desgracias.

En aquel momento se levantó Mad. de Chauvelin.

— Mamá se va al jardín, respondió el menor siguiéndola con la vista, y por consiguiente no nos verá jugar. Y luego si fuese cosa mala, el señor abate, que está con nosotros, nos lo diría.

— Siempre es malo, dijo el preceptor, el causar disgusto á una madre.

— ¡ Oh ! pero papá juega en la corte, contestó el niño con la tenacidad lógica que se agarra como todas las debilidades á cualquier apoyo que le ofrezca alguna consistencia. Conque podremos jugar supuesto que papá juega.

El abate no halló nada que responder á esto y el niño continuó :

— ¡ Calla ! mira á mamá que esta despidiendo al padre Delar ; lo acompaña hasta la reja... el padre se va á ir. Esperemos un rato : así que se haya ido el padre Delar se volverá mamá á su oratorio, nosotros nos iremos detrás de ella al castillo, pediremos cartas y jugaremos.

Los niños siguieron con la vista á su madre que, al retirarse, se perdía entre las crecientes sombras de la noche.

Pasaba esto en una de las agradables noches que preceden á los calores de mayo ; los árboles, sin hojas todavía, dejaban presentir en sus botones gruesos y flojos su próximo follaje. Algunos más adelantados, como los castaños y los tilos, empezaban á ostentar sus hojas y dar á luz el tesoro primaveral que encerraban en su interior.

El aire estaba tranquilo y empezaba á poblarse de los insectos que nacen en primavera y mueren en otoño : se les veía bullir en cantidad inmensa al través de los últimos rayos del sol poniente, los cuales hacían que el río pareciese una ancha cinta de oro y púrpura, mientras que por el oriente, es decir, hacia la parte del jardín en que se había metido Mad. de Chauvelin, todos los objetos empezaban á confundirse en ese hermoso color azulado que no se presenta más que en las épocas privilegiadas del año.

Toda la naturaleza ostentaba en su infinito esplendor una inmensa tranquilidad.

En medio de esta tranquilidad, sonó el reloj del castillo dando las siete, y las siete campanadas vibraron largo rato en las brisas de la noche.

De repente, la marquesa, que estaba despidiéndose del padre camaldulense, lanzó un grito terrible.

— ¿ Qué es eso ? ¿ qué hay ? preguntó el reverendo padre volviendo dos pasos atrás ; ¿ qué tenéis, señora marquesa ?

— ¿ Yo ? ; nada ! nada ; oh ! ; Dios mío ! — Y la marquesa palideció visiblemente.

— ¡ Os he oído gritar ! ¡ algo habrá sido sin duda ! En este mismo instante os estáis poniendo pálida. ¿ Qué tenéis ? por Dios, decid qué tenéis.

— ¡ Imposible ! es una ilusión de mis sentidos.

— ¿ Pero qué es lo que veis ? hablad, hablad, señora.

— No, nada.

El camaldulense insistió.

— Nada, nada ; ya lo he dicho, repitió Mad. de Chauvelin ; ¡ nada !

Y su voz expiró en sus labios y sus miradas permanecieron fijas, y su mano, blanca como si fuera de marfil, se levantó lentamente para señalar un objeto que el monje no veía.

— Por favor, señora, insistió el padre Delar, decidme qué es lo que veis.

— ¡ Oh ! no veo nada, no, no : es una locura, exclamó Mad. de Chauvelin, y sin embargo... ¡ oh ! mirad, mirad !

— ¿ Hacia dónde ?

— Allí allí ; ¿ no veis ?

— Nada veo.

— ¿ No veis nada ? ¿ allá abajo, allá lejos ?.....

— Absolutamente nada ; pero vos, ¿ qué es lo que veis, señora ?

— ¡ Oh ! yo veo, veo... pero no; es imposible.

— Hablad.

— Veo á Mr. de Chauvelin, con vestido de corte; pero pálido y andando con paso lento: ha pasado por allí, por allí.

— ¡ Dios mío !

— ¡ Sin verme ! ¿ comprendéis ? ¡ y si me ha visto, sin hablarme ! lo cual es mucho más raro.

— ¿ Y seguís viéndolo todavía ?

— Sí, todavía.

Y el dedo y las miradas de la marquesa indicaban la dirección que seguía el marqués, á quien no por eso alcanzaba á ver el padre Delar.

— ¿ Y hacia donde se encamina, señora ?

— Hacia el castillo: va por allí, por junto al roble grande... rozando con el banco. Mirad, mirad, se acerca á los niños; tuerce aquella esquina; desaparece. ¡ Oh ! si los niños están todavía en donde estaban, es imposible que no lo vean.

En aquel instante resonó un grito que hizo estremecer á Mad. de Chauvelin.

Los dos niños acababan de lanzar aquel grito.

Había resonado tan triste y lúgubrementemente en el espacio y en las tinieblas, que la marquesa estuvo á punto de caerse de espaldas.

El padre Delar la recogió en sus brazos.

— ¿ Oís ? murmuró la marquesa, ¿ habéis oído ?

— Sí, respondió el padre Delar, en efecto, han lanzado un grito.]

Casi en el mismo instante vió ó más bien sintió la marquesa correr á sus dos hijos. Su carrera rápida y jadeante sonaba en la arena de la calle de árboles.

— ¡ Madre mía ! madre mía ! ¿ no habéis visto ? gritó el mayor.

— ¡ Madre mía ! madre mía ! ¿ no habéis visto ? gritó el más pequeño.

— ¡ Oh ! señora, no les hagáis caso, decía el abate corriendo detrás de ellos, y sofocándose por alcanzarlos; tan veloz era su carrera.

— Y bien, hijos míos, ¿ qué hay ? preguntó Mad. de Chauvelin.

Pero los dos niños en vez de responder se acercaron más á ella.

— Vamos á ver, les dijo acariciándolos: ¿ qué os ha pasado ? hablad.

— Habla tú, dijo el mayor al menor.

— No, habla tú.

— Pues bueno, mamá, dijo el mayor, ¿ no es verdad que lo habéis visto lo mismo que nosotros ?

— ¿ Oís ? exclamó la marquesa, cuyos brazos se levantaron al cielo; ¿ oís, padre mío ?

Y apretó con sus manos heladas las trémulas manos del camaldulense.

— ¿ Visto ? ¿ á quién habéis visto ? preguntó éste estremeciéndose.

— Á mi padre, dijo el más pequeño de los niños; ¿ no lo habéis visto, madre mía ? Pues sin embargo iba como si fuera de aquí, y debe de haber pasado por junto á vos.

— ¡ Oh ! qué felicidad ! dijo el mayor batiendo las palmas, papá ha vuelto.

Mad. de Chauvelin miró al abate.

— Señora, dijo éste, que comprendió su mirada escrutadora, puedo afirmar que estos señoritos se equivocan al decir que han visto al señor marqués, porque yo he estado junto á ellos y os aseguro que nadie....

— Y yo, caballero, dijo el mayor, os digo que acabo de ver á papá como os estoy viendo á vos.

— ¡Hola! señor abate, ¡mirad que el mentir es cosa fea! dijo el niño más pequeño.

— ¡Extraña cosa es por cierto! dijo el padre Delar. La marquesa meneó la cabeza.

— Señora, no han visto nada, nada; absolutamente nada.

— Esperad, dijo la marquesa.

— Y luego dirigiéndose á sus hijos, con ese suave acento maternal que hace sonreír á Dios:

— Hijos míos, les preguntó; ¿decís que habéis visto á vuestro padre?

— Sí, mamá; respondieron á un tiempo los dos niños.

— ¿Cómo estaba vestido?

— Tenía su casaca de corte encarnada, un cordón azul, una chupa blanca bordada de oro, calzones de terciopelo igual á la casaca, medias de seda, zapatos con hebilla, y espada.

Y mientras que el mayor describía el vestido de su padre, el menor meneaba la cabeza con movimientos afirmativos.

Y mientras que el menor afirmaba, Mad. de Chauvelin, con la mano cada vez más helada apretaba la trémula del camaldulense; porque así era como ella había visto pasar á su marido.

— ¿Y no hallasteis nada de particular? decid.

— Estaba muy pálido, dijo el mayor.

— ¡Oh! sí, muy pálido, exclamó el más pequeño, parecía un muerto.

Todos se estremecieron, la madre, el abate, el confesor; tan grande era la expresión de terror que manifestaban las palabras del niño.

— ¿Hacia dónde iba? preguntó finalmente la marquesa con una voz que en vano quiso que saliese firme.

— Hacia el castillo, dijo el mayor.

— Yo, dijo el menor, volví la cara mientras corría y lo he visto subiendo la gradería.

— ¿Lo oís? ¿lo oís? murmuró la madre al oído del monje.

— Sí, señora, oigo; pero confieso que no comprendo. ¿Cómo había de pasar Mr. de Chauvelin á pie y por junto á la reja sin detenerse delante de vos? ¿Cómo había de pasar por delante de sus hijos sin volverse á parar? ¿Cómo, en fin, había de entrar en el castillo sin que nadie lo viera, y sin que hablase á nadie?

— Tenéis razón, dijo el abate; todo eso, mucha verdad.

— Por otra parte, continuó el padre Delar, fácil es de hacer la prueba.

— Nosotros vamos á verlo, exclamaron los dos niños aprestándose á correr hacia el castillo.

— Y yo también, dijo el abate.

— Y yo también, murmuró la marquesa.

— Señora, replicó el camaldulense; os veo en extremo agitada, lívida enteramente de espanto, y aun cuando haya venido en efecto Mr. de Chauvelin, admitiendo, repito, que sea él, no creo que haya motivo para espantarse.

— Padre mío, dijo la marquesa mirando al monje; si hubiera venido así, tan misterioso y tan solo, ¿no os parece que semejante suceso sería cuando menos muy raro?

— Pues por eso es por lo que se me figura que nos hemos equivocado, señora. Por eso debemos creer más bien, que quien se ha introducido en el castillo ha sido alguna persona extraña, quizás algún malhechor.

— Pero un malhechor, por más malhechor que sea, dijo el abate, tiene cuerpo, y ese cuerpo, vos lo habíais visto y yo también, padre mío; pero ahí tenéis justamente lo que me parece más raro. La señora marquesa

y los señoritos lo han visto, y al mismo tiempo ni vos ni yo hemos visto nada.

— No importa, replicó el monje; en uno ú otro caso, será mejor quizás que la señora marquesa y sus niños se retiren al naranjal mientras que nosotros vamos al castillo, llamamos á la gente, y nos enteramos de quién es quien ha llegado. Id, señora, id.

La marquesa se hallaba extenuada; obedeció maquinalmente y se retiró al naranjal con sus dos hijos, sin haber perdido de vista ni por un solo instante las ventanillas del castillo.

Luego, arrodillándose, dijo:

— Recemos, hijos míos, porque hay un alma que me pide que rece en este momento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

## ÍNDICE

	Pág.
XI. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Barquillos y pepinillos . . . . .	5
XII. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Mujeres marinas y sirenas . . . . .	14
XIII. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — La posada del buen Hombre Trópico . . . . .	23
XIV. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Tribulaciones conyugales. . . . .	36
XV. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Segundo casamiento del mismo. . . . .	47
XVI. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Segundo matrimonio del mismo Nahi-Nava-Nahina . . . . .	80
XVII. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Tercer matrimonio del mismo. — Un auto de fé . . . . .	89
XVIII. — Los matrimonios del Tío Alifafes. — Tercer matrimonio del mismo. — Doña Inés . . . . .	98
XIX. — Intercalación. — James Rousseau . . . . .	144
XX. — Cuarto matrimonio del Tío Alifafes. — La hoguera. . . . .	132
XXI. — Cuarto matrimonio del Tío Alifafes. — Las babuchas del bracmán. . . . .	144
XXII. — Quinto y último matrimonio del Tío Alifafes . . . . .	153
XXIII. — Quinto y último matrimonio del Tío Alifafes. — El Bezard . . . . .	161
XXIV. — Quinto y último matrimonio del Tío Alifafes — La Caza. . . . .	170